

LA VOCACIÓN PERSONAL

P. Alex Zatyryka SJ

Algunas expresiones como “la voluntad de Dios”, “hacer la voluntad de Dios”, “amar una vida de entrega y servicio” si bien pueden entusiasmarnos a veces nos dejan intranquilos porque no sabemos que significan ¿Qué es eso de la voluntad de Dios? ¿Será un capricho impuesto sobre mí y que, por lo tanto, voy a tener que sufrir el resto de mi vida? Eso de seguir el llamado de Cristo y la misión que se me dio, ¿va a ser verdaderamente una situación tremenda de un sufrimiento espantoso? Yo creo que todas estas visiones parten de una percepción equivocada de lo que es la voluntad de Dios porque la voluntad de Dios siempre redundará en una vida de satisfacción y alegría que, claro, no significa que sea sencilla o que no se tenga que enfrentar problemas, retos, pruebas, etc. Quien se mantiene efectivamente en la voluntad de Dios atraviesa por todas estas dificultades, sacando provecho de ellas sin perder de vista el horizonte, el sentido final de la entrega que nos capacita para poderla vivir con alegría y generosidad.

En este sentido, nuestra vocación personal es importante porque nos da la pauta para descubrir cuál es nuestro lugar en este mundo y vivir a plenitud nuestra misión en ese lugar es decir, vivir de acuerdo a la voluntad de Dios. La clave para entender nuestro lugar en este mundo y poderlo vivir con satisfacción, entrega y plenitud es captar lo que algunos autores llaman “El Rostro de Cristo en mi vida” o “Mi parámetro fundamental” o también “Mi principio y fundamento”. Otros autores, en particular uno muy querido de la Gregoriana que murió recientemente (2015), el padre Herbert Alphonso, lo llaman “La vocación personal”.

Nosotros podemos tener algunas vocaciones comunes como, por ejemplo, nuestra condición de cristianos. Todos aquí tenemos vocación de cristianos y sin embargo, dentro de esa vocación de cristianos encontramos que hay distintos tipos de entregas, de servicios, de vocaciones particulares. En nuestra vocación de cristianos, hay personas que están llamadas a la vida laical y otras personas que están llamadas a la vida consagrada pero aún dentro de estos dos tipos de vida existen muy diversas vocaciones personales. Un ejemplo: si habláramos de una congregación religiosa, todas sus integrantes tienen una vocación en común sin embargo, cada una de ellas tendría una vocación personal específica. Esa vocación personal es la clave que hay que encontrar para poder vivir a plenitud, con gusto nuestra vida y se convierta, además, en el criterio fundamental de nuestro discernimiento. Esta vocación personal es fundamental a la hora de decidir de manera correcta y completa cuál es nuestro lugar y cómo asumir la misión que nos toca. Es el Rostro de Cristo en nuestras vidas.

Desde la infancia, Dios nos ha ido revelando cuál es nuestra vocación personal, y nos la ha ido revelando en los momentos fuertes de su paso por nuestra vida: son las experiencias fundantes. La vocación personal está íntimamente vinculada a nuestras experiencias fundantes así que al ir las recuperando, al ir las juntando como piezas de rompecabezas se va perfilando lo que Dios nos ha ido diciendo de nosotros mismos. Hay cosas que nos gustan, cosas que no nos gustan pero las que efectivamente nos tocan las descubrimos, de manera natural, en esos momentos fuertes de la Presencia de Dios. Hazte la pregunta: ¿Qué era lo que tenía a mi corazón ardiendo en esas experiencias fundantes, en esos momentos fuertes de su paso por mi vida?

Ahora bien, otra manera de describir la vocación personal es hablar del nuestro Rostro de Cristo en mi vida. Hay algunas actitudes de Jesús, imágenes del Señor, escenas de los Evangelios que de manera natural le hablan específicamente a cada persona. Algunas palabras, acciones de Cristo, definitivamente, nos entusiasman más que otras pues tienen un significado especial y son como si estuvieran dirigidas particularmente a nosotros.

A mí me gusta explicar esto, utilizando la metáfora o el símbolo de un diapasón ¿Conocen ustedes los diapasones? Son unos instrumentos de fierro que sirven para afinar los instrumentos. Cuando se les golpea empiezan a vibrar en una nota específica. (Una persona que sabe de eso me decía que el diapasón ideal para afinar un instrumento es el de la nota “la” porque el tono es muy puro y por eso es el que más se compra). Entonces, si yo tengo dos diapasones de la misma nota y golpeo uno de ellos, éste empezará a vibrar dando el

tono de “la”, por ejemplo. Con el tiempo, el diapasón que no fue golpeado empieza a vibrar también porque están en la misma sintonía. No necesitan tocarse. La vibración de uno hace vibrar al otro.

Utilizando la metáfora del diapasón, podemos decir que hay escenas del Evangelio con las que tú, de manera particular, vibras más que con otras. Yo creo que un error muy frecuente –sobre todo en la vida religiosa– es querernos obligar a vibrar con todas las facetas de la personalidad del Señor Jesús. Cristo es Cristo. Cristo es el Mesías. Es la encarnación del Hijo de Dios. Él sí puede tener todas las distintas facetas de la virtud pero nosotros sólo recibimos algunas. Hay características particulares de la personalidad de Jesús con la cual cada uno se identifica y es por eso que somos diferentes y aunque no nos parecemos unos a otros, somos complementarios porque lo que yo tengo como mayor fortaleza podría ser el apoyo de otros y en donde yo tengo debilidad, la fortaleza de los otros me sostiene. A la mejor algunas personas se identificarán con el Jesús que sana a los enfermos, otra con el Jesús que se acerca a los pecadores, otras con el Jesús que busca la justicia, con el que denuncia las falsificaciones de la ley de su Padre y habrá otros que se sienten más identificados con un Jesús humilde que busca la compañía de los humildes. Verme como ese Jesús, con esa faceta de la personalidad del Señor que le da sentido a mi vida y sentido a todo lo que yo hago. No solamente es importante encontrar esas facetas particulares de nuestro Señor Jesús con las cuales vibro, sino también es importante aceptarlas. No pretender ser lo que no soy y sí permitir que se manifieste lo que sí soy. Si yo en mi vida pretendo encarnar una misión que no es la mía voy a ser infeliz, me voy a frustrar. Esa frustración, tarde o temprano, tiene como consecuencia una pérdida de entusiasmo, tristeza, y la tristeza finalmente nos puede llevar a una de las manifestaciones destructivas más peligrosas que es la acedia. La acedia es una especie de depresión espiritual y, casi siempre, en el fondo de ésta hay estos dos errores que cometemos: pretender ser lo que no somos y al mismo tiempo impedir que se manifieste en nosotros lo que sí somos.

El P. Herbert ponía algunos ejemplos de vidas de santos para entender en qué consiste esta vocación personal o este Rostro de Cristo en mi vida. Estas mujeres y hombres santos vibraron con un Rostro de Cristo en particular que transmitía, contagiaba una de estas características o facetas propias del Señor y que les fue regalada como parte de la estructura de su personalidad. El P. Herbert aclaraba, con toda humildad, que sus ejemplos eran cómo él creía que podrían haber sucedido y no porque algún santo haya dejado algún testimonio o testamento de cuál era su manera de entender a Dios. Decía, por ejemplo, que seguramente la vocación personal de San Ignacio está en ese lema que utilizaba mucho en sus cartas y otros escritos: “A mayor gloria de Dios”. Decía que si vemos la vida de Ignacio parecería que antes de su conversión todo estaba encaminado a su propia mayor gloria: que todos lo aplaudieran, que todos lo reconocieran; que todos lo vieran como un valiente, etc. pero que después de su conversión todo es a la mayor gloria de Dios. Su interés personal era que cada una de sus acciones manifestara esa gloria de Dios. Probablemente ese sí era su lema sin embargo (esto ya no es del padre Herbert sino mi interpretación), creo que San Ignacio entendía la gloria de Dios en términos paulinos y no en términos del “mundo”. En otras palabras, él entendía la gloria de Dios en términos de una gloria que se manifiesta en nuestra debilidad, en cómo Dios nos sostiene en nuestra fragilidad humana. Nos da la gracia para encarnar su amor a pesar de nuestras dificultades. Por lo tanto ese lema de “A mayor gloria de Dios” no es un lema triunfante o triunfalista, es más bien un lema que reconoce como Dios se hace presente en nuestra realidad humana, particularmente desde nuestra fragilidad y debilidad y desde ahí se manifiesta su gloria.

El padre Herbert también decía que los Evangelios parecen subrayar que para Jesús su vocación de vida, lo que sentía que le daba sentido a toda su existencia era la palabra “Abba” que quiere decir papito, papacito, papá en arameo. Él la utilizaba para dirigirse a su Padre, a Dios. Nos dice la Sagrada Escritura que cada vez que Jesús tenía alguna duda, tenía que tomar una decisión, etc. iba a encontrarse con su padre, a orar, y seguramente invocaba a Aquel que se le había manifestado como un Papá, como un Dios amoroso. Eso que nuestro Señor Jesús vivía –el Rostro de su Padre que Él había ido captando y profundizando desde su humanidad a lo largo de toda su vida– era lo que Él se sentía invitado a transmitir a sus apóstoles. Por eso cuando Felipe le dice que “con que nos dejes ver al Padre ya estamos contentos...” y Él le contesta “tanto tiempo llevas conmigo y ¿no has captado que el que me ve a mí ve al Padre?”. Él entiende que su vocación es mostrar el rostro de un Dios que es así, Padre amoroso, cercano.

Yo también, desde que conozco la vida de algunos santos y desde mi perspectiva, he jugado un poco a adivinar cuál sería su lema. Como saben muchos años estuve acompañando a las casas de formación de las Misioneras de la Caridad de la madre Teresa de Calcuta. Leí mucho y me metí mucho en la vida de la madre Teresa. Yo estoy seguro que para ella su Rostro de Cristo, su vocación personal, su lema era “tengo sed”. En todas las capillas de las misioneras hay un Crucifijo y a su lado está esa leyenda pero en inglés, porque ella lo oyó en inglés, que dice “I’m thirsty”. Me gusta mucho poner el ejemplo de la madre Teresa de Calcuta porque ella recibió y entendió esa vocación y ese Rostro de Cristo en una experiencia fundante. No sé si ustedes conocen esa historia: Ella era religiosa de Loreto. Era una maestra y daba clases. Estaba feliz y sus alumnas la querían muchísimo. Un verano iba de camino a su retiro (vivía en Calcuta y se dirigía a una ciudad en las montañas que se llama Dayilin). En esa época los trenes se tardaban mucho en llegar y a cada rato paraban en las estaciones y la gente aprovechaba para estirar las piernas. Se bajó a caminar por la estación y encontró un hombre moribundo, tirado en la estación. Cuando se acercó para ver qué era lo que tenía, qué era lo que le estaba pasando escuchó esa voz “I’m thirsty”... “tengo sed”. En principio pensó que era el moribundo que pedía arrimarle algo de agua hasta que entendió que era Cristo que le decía “Yo tengo sed” y eso implica muchas cosas. Implica que Cristo tiene sed de nuestros hermanos que están abandonados y que no reciben el aprecio de la sociedad pero sobre todo Cristo tenía sed de esas almas que no lo conocían, que no se habían percatado del amor que Cristo les tenía. A lo largo de su vida, la madre Teresa entendió que su invitación era a acercar a Cristo a esas almas. La manera como las acercaba era teniendo las actitudes de Cristo en su manera de cuidarlas, de atenderlas, etc. Las personas se sentían amadas por Cristo; acercadas por Cristo. Yo creo (esto es interpretación de Alex y no lo van a encontrar en ninguna biografía de ella) que sus hijos y sus hijas entienden esto con claridad porque hablan de que era parte de la experiencia mística de la madre Teresa.

Muy probablemente cada vez que ella tenía que tomar una decisión o ubicarse o enfrentar a los muchísimos problemas que tuvo, dudas, etc. su clave para discernir y para entender lo que estaba pasando era evocar aquella frase “Tengo sed”. Decir esta frase para recordar quién era ella, qué esperaba Cristo de ella y cómo debería encarnar la presencia de Cristo en su vida. Yo me imagino a la madre Teresa al final del día pensando en qué tan atenta estuvo a la voz de Cristo que me dice “Tengo sed”. Se preguntaría “¿qué tanto encarné la misión, la encomienda particular que Cristo me dio a mí, no a toda la iglesia? No ser buenita como todos los buenitos sino ¿qué misión tengo yo? ¿Viví a la altura de eso o no?”. Eso tiene mucho que ver con la vocación personal. También me puedo imaginar a San Ignacio al final del día preguntándose “A ver Nachito... ¿aquí trabajaste a mayor gloria de Dios o estabas pensando más bien en ti o a mayor gloria de este cardenal o a mayor gloria del rey de España o... a mayor gloria de quién trabajaste?”.

Otro punto importantísimo de la vocación personal es aprender a ubicarla. Volviendo con la madre Teresa, ella no sólo capta el concreto de su vocación personal, lo que Cristo le pide hacer, sino también quiénes son los destinatarios de este mensaje. Ella era una religiosa ejemplar, una profesora muy querida pero no estaba en el lugar correcto. Jesús, entonces, le muestra cuál es su vocación personal. Ella la entiende, la capta, y el resto de su vida lo dedica a ubicarse en dónde tiene que estar, encarnando el amor de su Rostro de Cristo.

Los Ejercicios Espirituales de san Ignacio son una oportunidad privilegiada para identificar esas facetas de nuestro Señor con las que vibramos. Cuando se meditan algunos momentos de la vida de Jesús, se debe estar muy atentos para ver con cuál de ellos se siente uno particularmente identificado, recordando aquello del diapasón: cuando los dos son del mismo tono empiezan a vibrar. Al identificar qué características de Jesús tocan mi corazón, he encontrado el Rostro de mi Cristo. Me reconozco con ese Jesús, con el que siento afinidad, con el que estoy llamado a encarnar el amor en medio del mundo.

Cuando el momento de la vida del Señor Jesús con el cual me identifico está vinculado con algún texto del Evangelio entonces ese pasaje del Evangelio es mi manera de vincularme con nuestro Señor y suele conocerse como una consigna o como una mínima es decir, es lo que me ayudará a recordar esa faceta de la personalidad del Señor Jesús con la cual estoy, particularmente, identificado. Será como mi lema de vida. Cada quien tiene que encontrar su lema y no necesariamente tiene que ser una palabra de Jesús. Podría ser una palabra de los apóstoles. Por ejemplo, en ese momento de verdad que aparece con mucha fuerza en el Evangelio de Juan (no

recuerdo si es el capítulo VIII o X) cuando todos lo abandonan –después de aquel discurso sobre que “Él es el pan de la vida. El que no coma mi carne, mi sangre...”– porque creen que ya se está chiflando, Jesús les pregunta a los discípulos “¿Ustedes también me quieren dejar?” y Pedro contesta “¿A quién iremos? Tú tienes palabras de vida”. Ese puede ser un lema también. No son palabras de Jesús pero hablan de Jesús. Lo que Pedro está diciendo es que para él Jesús es Palabra de Vida. No hay nadie más que Él. Refleja una manera de cómo Pedro se relaciona con su Señor; una manera de cómo entiende el Rostro de su Cristo. Además les decía que es casi imposible que dos lemas sean iguales y aunque lo fueran, no todas las personas sienten lo mismo cuando dicen las mismas palabras.

Tenemos entonces varios recursos que podemos utilizar para descubrir nuestra vocación personal. Por una parte está la recuperación de las experiencias fundantes. En esos momentos fuertes del paso de Dios por mi vida existe un Rostro de Jesús presente que hizo arder mi corazón. Por otra, están esos pasajes de la Biblia que de manera particular me hacen vibrar; que cada vez que los leo me conmueven y finalmente, identificar en la vida de aquellos santos que me entusiasman qué tipo de Cristo me transparentan. Habrá santos que tal vez no me caen muy bien porque tal vez no los entiendo, porque tal vez nuestro diapason no es igual, no vibra con la misma nota, aunque seamos cristianos y amemos todos a Jesús.

Una vez que encontramos el tipo de Rostro de Dios que tengo la facilidad de transmitir –la forma de encarnar el amor– tenemos que utilizarlo para el resto de nuestras vidas para decidir cómo debo enfrentarme a la misión que se me dio. Si estoy tratando de reproducir una tonalidad del amor de Cristo que no es la mía, me voy a sentir forzado y mis energías se irán consumiendo. Me voy sintiendo infiel. Sentiré que no estoy haciendo lo que estoy llamado a hacer. Mi frustración podría ser tan grande que abandone todo el proyecto y tal vez no es que el proyecto esté equivocado sino, más bien, que mi manera de asumirlo no ha sido la correcta. La misión que Cristo nos da a cada uno es irrepetible.